

JULIO CORTÁZAR

JORGELINA TALLEI

NIVEL: C1-C2

OBJETIVOS: Acercar a los alumnos a la literatura hispana. Conocimiento cultural. Expresión oral. Expresión escrita. Práctica de lectura.

TIPO DE AGRUPAMIENTO: en parejas y en grupo

MATERIALES: textos que se anejan

DURACIÓN: 2 horas

PROCEDIMIENTOS

ACTIVIDADES DE PRELECTURA

Lleva a la clase varias imágenes de escritores, trata de buscar imágenes que se relacionen con el mundo del escritor (HOJA 1).

Recorta en una cartulina o escribe los nombres de los escritores en la pizarra (HOJA 2). Déjales unos minutos para que relacionen el escritor a su imagen, seguramente lo harán rápido; debes tener en cuenta que están en un nivel Superior. Pregúntales si conocen alguna de las obras de esos escritores, puedes escribir en la pizarra un modelo como el que te presentamos (HOJA 3). Déjales unos minutos para que puedan relacionar lo que conocen: seguramente conocen algunas obras; luego de terminado, que comparen con sus compañeros la respuesta.

A continuación, entréales pequeños fragmentos de la obra de los escritores elegidos para que puedan acercarse a la obra de Julio Cortázar (HOJA 4). Una vez que hayan leído los fragmentos de las obras, pídeles que discutan en grupo a qué obra y a qué autor relacionan cada fragmento. Comparar en grupos cada respuesta.

Ahora que ya se han acercado a la obra de los autores, pídeles que imaginen cómo fue y cómo es (en el caso de García Márquez, que aún está vivo) la vida de esos autores, de acuerdo a las imágenes que han visto en el primer ejercicio. Seguramente tus alumnos ya tienen algunos datos previos sobre los autores.

ACTIVIDAD DE LECTURA

Una vez puesto en común, entréales el texto (sólo utilizaremos un fragmento) *Las caras de la medalla*, de Julio Cortázar, no le digas a tus alumnos de quién es (HOJA 5). Déjales unos minutos para que realicen una lectura atenta del texto. Luego, pregúntales: ¿Qué tipo de fragmento es? ¿Es una información, una entrevista, una carta? ¿Quiénes son los personajes? De acuerdo a lo visto anteriormente, pues decir quién es el autor de este cuento, ¿Qué estrategias has utilizado para saberlo?

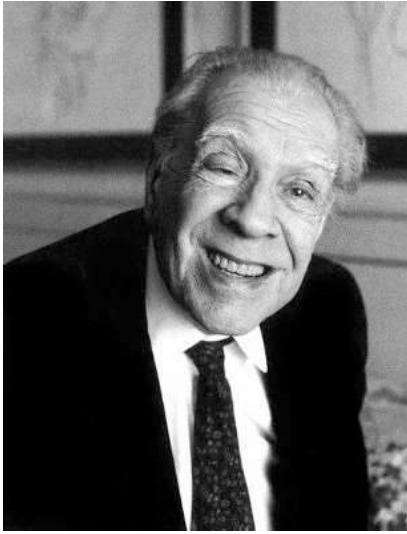
ACTIVIDAD DE POSLECTURA

Acercádonos a Cortázar

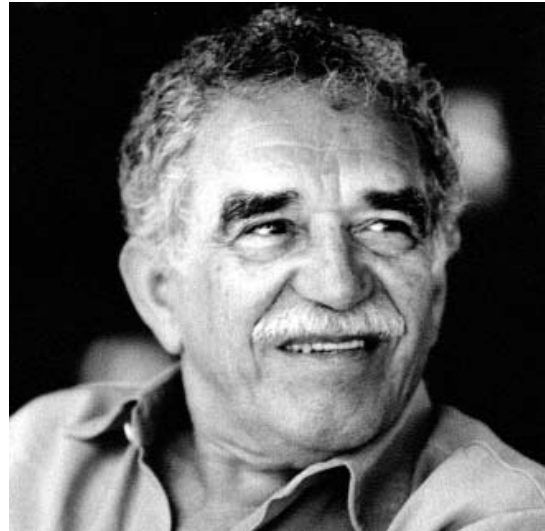
Entrega a tus alumnos la entrevista (HOJA 6) donde ha salido publicado el cuento que han leído sobre Julio Cortázar, luego de leerla organiza una puesta en común con ellos.

TAREA FINAL

Organiza la clase en grandes grupos (o en parejas de acuerdo al número de grupos) y pídeles que le escriban una entrevista a Julio Cortázar preguntándole más detalles sobre la relación que mantuvo con la mujer que se nombra en la noticia anterior y sobre la publicación en breve de su cuento inédito.



HOJA 1



**JORGE
LUIS
BORGES**

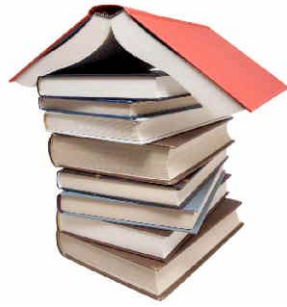
**JULIO
CORTÁZAR**

**FEDERICO
GARCÍA
LORCA**

**GABRIEL
GARCÍA
MÁRQUEZ**

HOJA 2

Las armas secretas
Primer Romancero Gitano
Alguien que anda por ahí
Ficciones
El Aleph



Impresiones y paisajes
Todos los fuegos, el fuego
Poeta en Nueva York
Cien Años de Soledad
Crónica de una muerte anunciada

HOJA 3

La cárcel es profunda y de piedra; su forma, la de un hemisferio casi perfecto, si bien el piso (que también es de piedra) es algo menor que un círculo máximo, hecho que agrava de algún modo los sentimientos de opresión y de vastedad. Un muro medianero la corta; éste, aunque altísimo, no toca la parte superior de la bóveda; de un lado estoy yo, Tzinacán, mago de la pirámide de Qaholom, que Pedro de Alvarado incendió; del otro hay un jaguar, que mide con secretos pasos iguales el tiempo y el espacio del cautiverio. A ras del suelo, una larga ventana con barrotes corta el muro central. En la hora sin sombra se abre una trampa en lo alto, y un carcelero que han ido borrando los años manobra una roldana de hierro y nos baja en la punta de un cordel, cántaros con agua y trozos de carne. La luz entra en la bóveda; en ese instante puedo ver al jaguar.

HOJA 4

Debajo de las multiplicaciones
hay una gota de sangre de pato.
Debajo de las divisiones
hay una gota de sangre de marinero.
Debajo de las sumas, un río de sangre tierna.
Un río que viene cantando
por los dormitorios de los arrabales,
y es plata, cemento o brisa
en el alba mentida de New York.
Existen las montañas, lo sé.
Y los anteojos para la sabiduría,
lo sé. Pero yo no he venido a ver el cielo.
Yo he venido para ver la turbia sangre,
la sangre que lleva las máquinas a las cataratas
y el espíritu a la lengua de la cobra.
Todos los días se matan en New York
cuatro millones de patos,
cinco millones de cerdos,
dos mil palomas para el gusto de los agonizantes,
un millón de vacas,
un millón de corderos
y dos millones de gallos
Que dejan los cielos hechos añicos.

HOJA 4

MORELLIANA

¿Qué es en el fondo esa historia de encontrar un reino milenario, un edén, un otro mundo? Todo lo que se escribe en estos tiempos y que vale la pena leer está orientado hacia la nostalgia. Complejo de la Arcadia, retorno al gran útero, back to Adam, le bon sauvage (y van...), Paraíso perdido, perdido por buscarte, yo, sin luz para siempre... Y dale con las islas (cf. Musil) o con los gurús (si se tiene plata para el avión Paris-Bombay) o simplemente agarrando una tacita de café y mirándola por todos lados, no ya como una taza sino como un testimonio de la inmensa burrada en que estamos metidos todos, creer que ese objeto es nada más que una tacita de café cuando el más idiota de los periodistas encargados de resumirnos los quanta, Planck y Heisenberg, se mate explicándonos a tres columnas que todo vibra y tiembla y está como un gato a la espera de dar el enorme salto de hidrógeno o de cobalto que nos va a dejar a todos con las patas para arriba. Grosero modo de expresarse, realmente.

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo. Todos los años, por el mes de marzo, una familia de gitanos desarrapados plantaba su carpa cerca de la aldea y con un grande alboroto de pitos y timbales daban a conocer los nuevos inventos. Primero llevaron el imán. Un gitano corpulento, de barba montaraz y manos de gorrión, que se presentó con el nombre de Melquíades, hizo una truculenta demostración pública de lo que él mismo llamaba la octava maravilla de los sabios alquimistas de Macedonia. Fue de casa en casa arrastrando dos lingotes metálicos, y todo el mundo se espantó al ver que los calderos, las pailas, las tenazas y los anafes se caían de su sitio, y las maderas crujían por la desesperación de los clavos y tornillos tratando de desenclavarse, y aun los objetos perdidos desde hacía mucho tiempo aparecían por donde más se les había buscado y se arrastraban en desbandada turbulenta detrás de los fierros mágicos de Melquíades. "Las cosas tienen vida propia -pregonaba el gitano con áspero acento-, todo es cuestión de despertarles el ánima." José Arcadio Buendía, cuya desaforada imaginación iba siempre más lejos que la magia, pensó que era posible servirse de aquella invención inútil para desentrañar el oro de la tierra. Melquíades, que era un hombre honrado, le previno: "Para eso no sirve."

A nuestra manera los dos sabemos que hubo un error, una equivocación restañable pero que ninguno fue capaz de restañar. Estamos seguros de no habernos juzgado nunca, de simplemente haber aceptado que las cosas se daban así y que no se podía hacer más que lo que hicimos. No sé si pensamos entonces en cosas como el orgullo, la renuncia, la decepción, si solamente Mireille o solamente Javier las pensaron mientras el otro las aceptaba como algo fatal, sometiéndose a un sistema que los abarcaba y los sometía, es demasiado fácil ahora decirse que todo pudo depender de una rebeldía instantánea, de encender el velador al lado de la cama cuando Mireille se negaba, de guardar a Javier a su lado toda la noche cuando él buscaba ya sus ropas para volver a vestirse; es demasiado fácil echarle la culpa a la delicadeza, a la imposibilidad de ser brutal u obstinado o generoso. Entre seres más simples o más ignorantes eso no hubiera sucedido así, acaso una bofetada o un insulto hubieran contenido la caridad y el justo camino que el decoro nos vedó cortésmente. Nuestro respeto venía de una manera de vivir que nos acercó como las caras de la medalla; lo aceptamos cada cual de su lado, Mireille en un silencio de distancia y renuncia, Javier murmurándole su esperanza ya ridícula, callándose por fin en mitad de una frase, en mitad de una última carta. Y después de todo sólo nos quedaba, nos queda la lúgubre tarea de seguir siendo dignos, de seguir viviendo con la vana esperanza de que el olvido no nos olvide demasiado.

Secretos de un inédito

(extraído de: http://www.elpais.com/articulo/semana/Secretos/inedito/elpepuculbab/20071103elpbbase_4/Tes)

En la primavera de 1977, Alfaguara publicó en la elegante colección de cubiertas de color violeta diseñada por Enric Satué el libro de relatos *Alguien que anda por ahí*, de Julio Cortázar, cuya edición íntegra había sido prohibida en Argentina. Por primera vez se publicaba en España un libro inédito de narrativa del autor, y si bien éste era ya conocido en el país y en dicha ocasión se resignó al circo de las presentaciones y de las conferencias -algo a lo que años atrás se negaba en redondo-, el volumen fue recibido con tibieza o desdén por aquellos que no le perdonaban repeticiones formales ("Cortázar, pero menos") o aquellos otros que no consentían que la política se entremezclara en sus textos ("qué lástima, un escritor que había empezado con tan buena letra...!").

Al no saber muy bien qué decir sobre él, o no saber exactamente de qué trataba, qué ocultaba, todos pasaron de puntillas en especial sobre *Las caras de la medalla*, enigmática crónica de la relación -o, mejor, de la falta de relaciones- entre una mujer soltera y un hombre casado que trabajan en el Consejo Europeo para la Investigación Nuclear (Cortázar hizo de traductor en el Organismo Internacional de Energía Atómica); un texto de inquietante lectura donde el protagonista no es capaz de comprender el rechazo amoroso al que lo somete su compañera; un texto que parecía, como se lee en el último párrafo, una pesadilla de la que trató de despojarse mediante la escritura. También era enigmática la dedicatoria ("a la que un día lo leerá, ya tarde como siempre"), a la que se sumó después otro misterio mayor, el contenido en esta frase de una carta que Cortázar escribió al año siguiente a su amigo Jaime Alazraki, uno de sus mejores críticos:

"En *Alguien que anda por ahí* hay amargos pedazos de mi vida, por ejemplo *Las caras de la medalla*, cuya historia siguió y terminó en otro cuento muy largo que escribí hace meses y que entrará en otro libro, si libro hay; se llama *Ciao, Verona*, y fue tan duro de escribir como el otro".

Por razones que no es éste el lugar para debatir, *Ciao, Verona* no fue incluido por Cortázar en los dos únicos libros de relatos que editó con posterioridad (*Queremos tanto a Glenda y Deshoras*), así que permanecía inédito y la única copia de la que hasta la fecha se tenía noticia, conservada en la Universidad de Tejas, estaba prácticamente olvidada; prueba de ello es el hecho de que no se incluyera en el volumen de los cuentos con que se inició recientemente la edición de las obras completas.

El examen de los documentos del legado que Aurora Bernárdez, viuda y albacea del escritor, donó a Carmen Balcells en febrero de 2007 para que fueran integrados a la colección de manuscritos de *Barcelona Latinitatis Patria*, ha permitido el descubrimiento de otra versión original, manuscrita con correcciones manuscritas de inconfundible caligrafía cortazariana, de este "cuento muy largo" (diecisiete páginas), quizás el último acabado y de innegable importancia que pueda llegar a encontrarse entre los inéditos del autor.

En una de las clases que dio en 1980 en Berkeley, California, Cortázar completó aquella famosa comparación suya según la cual la novela es al cine lo que la fotografía es al cuento, diciendo que las fotografías más reveladoras no eran, para él, aquellas de perfecto encuadre sino "aquellas en que por ejemplo hay dos personajes con un fondo de una casa y luego, quizá a la izquierda, donde termina la foto, hay la sombra de un pie, de una pierna. Esa sombra corresponde a alguien que no está en la foto y al mismo tiempo la foto está haciendo una indicación llena de sugerencias, apelando a nuestra imaginación para decirnos qué había allí después. La atmósfera que se proyecta fuera de la fotografía, esa aura de misterio, guarda una especie de vibración que me parece indispensable para la realización del cuento memorable, que el lector transforma luego en la memoria y en admiración".

Con la lectura del por treinta años inédito *Ciao, Verona*, el lector sabrá a qué correspondía la sombra de *Las caras de la medalla* y, al mismo tiempo, podrá imaginar otras atmósferas, otras sombras no menos inesperadas.